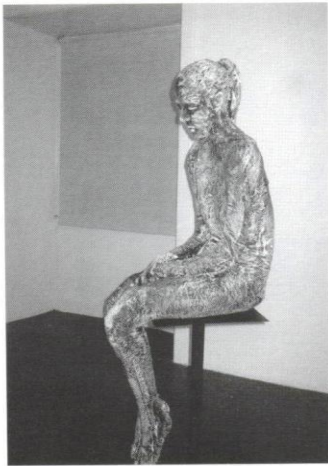




RESEÑA

LAS NIÑAS-MUSAS DE ROSA HERNÁNDEZ

ELENA MORALES



El Ateneo de La Laguna ofreció, entre el 16 de diciembre de 2005 y el 14 de enero de 2006, la exposición titulada *Figuras femeninas del natural* de Rosa Hernández (1958). A pesar de la sencillez del nada pretencioso rótulo de la exposición, estas obras son mucho más que tres figuras femeninas estilizadas, pues la artista logra transmitir un conjunto de emociones mezcladas, donde no faltan ni las pequeñas angustias ni las grandes esperanzas. Eso sí, lejos de la agonía de sus momias (de 1992) o del dramatismo de los hombres rendidos en su *Imperio*

(1994), pero también de la voluptuosidad de su serie erótica *Libre te quiero* (1994), la creadora elige un tema aparentemente amable para introducirse en el laberinto de los sentimientos de la etapa más confusa del ser humano. De este modo, Rosa Hernández plantea la identidad femenina a través de la figura de la niña-musa; musa que es mujer-niña o niña-mujer, o más bien, retrato y personificación de la adolescencia: figuras femeninas que cautivan por la candidez y pureza de sus rasgos angelicales, ese tipo de belleza amable, dulce, virginal y, a la vez, sugerente, misteriosa, libre.

MUCHACHAS ENSIMISMADAS

La muchacha del columpio no se columpia, sólo trata de equilibrar sus pensamientos confusos. Aquella otra niña sentada, apunto de levantarse, medita la solución a un enredado secreto. Y la que cruza sus manos, en un gesto tímido, ha comenzado a hundirse en un mar de contradicciones. Las tres mujeres-niñas, aisladas, se buscan a sí mismas en el torbellino de la adolescencia.

Frentes despejadas, cabellos recogidos, expresiones afaibles, miradas reflexivas. Afuera silencio; paz aparente. Dentro: bullicio, dudas, penas, alegrías... Creencias por definir, valores por ajustar, deseos por entregar, esperanzas por conquistar, cuerpos por explorar. Piel que habla con el roce del viento, y esa imagen que se altera, cada día, frente al espejo, sin pedir permiso. Callar. Callar o explotar. Explotar en llantos, risas o gritos. Callar o hablar sólo con uno, aunque ese uno tampoco te entienda. Callar y seguir creciendo.

Mediante un lenguaje expresionista lírico, la autora resuelve sus esculturas con un estilo suelto, donde no faltan formas duras y angulosas en los cuerpos, que refuerzan el halo existencial, melancólico e introspectivo de sus personajes. A ello se une un llamativo policromatismo que recubre las figuras de cadmios, bermellones, tierras, ocre y azules.

Rosa Hernández capta gestos sencillos y situaciones cotidianas para crear una escena teatral y artificiosa, con la que alude al paso de la niñez a la juventud, pero también a ese extraño laberinto que conduce a uno mismo. Así, las tres niñas-mujeres de su nueva instalación, inmersas en su "yo", desprotegidas y en soledad, se enfrentan al sentimiento de "ser": ser mujer, persona, ciudadana, compañera, amiga...

Sumario: Mediante un lenguaje expresionista lírico, la autora resuelve sus esculturas miméticas con un estilo suelto, donde no faltan formas duras y angulosas en los cuerpos, que refuerzan el halo existencial, melancólico e introspectivo de sus personajes.

